

dos me han engañado: Dios lo quería así; nosotros volveremos á encontrar en otra vida mejor.»

Durante este discurso, interrumpido por sollozos, Guivo el Valiente, yerno de Rustam, corre hácia la tienda del rey.

Kaus poseía un bálsamo, compuesto, segun la creencia popular, por los mágicos, que tenía la virtud milagrosa de curar las heridas mas mortales: Guivo le suplica que se lo dé al instante para salvar la vida de Sorhab. El rey está conmovido, pero vacila. Los cortesanos, envidiosos de Rustam, le rodean, y le hacen presente que Rustam, ya tan poderoso, llegaría á ser indomable acompañado de un hijo como Sorhab, y haría temblar al rey en su trono. Kaus rehúsa el bálsamo. Rustam, furioso, corre él mismo, y va á buscar al rey para que se lo entregue; pero durante este corto intervalo espíra Sorab (1).

Hay que renunciar á pintar el dolor de Rustam: destroza sus vestidos; se cubre la cabeza de polvo: disgustado de la vida, llama la muerte, y quisiera castigarse por su involuntario asesinato, y ocultar su vergüenza á todos los ojos. Conduce el cuerpo de su hijo al Zabulistan, le hace magníficas exéquias, y le consagra un monumento. Todo el país participa del luto de Zal-zer y de Rustam. Renuncian á la guerra, y viven muchos años en el retiro. Rustam envía á buscar á Theminea para llorar con ella; pero la pobre madre, herida en el corazón por la muerte de su hijo, se asusta ella misma de no haber ilustrado á Rustam sobre la existencia de Sorhab, y de no haberle seguido para hacerle reconocer á su padre; enferma y muere antes de terminarse el año.

Dice el sabio: «No pongas tu corazón en los muertos, tú no permanecerás aquí largo tiempo: que estés dispuesto, tu padre ha fijado el día de tu partida: ¿sabes tú si no ha llegado? Este es su secreto, el cual no puede ser conocido. No fijas tu corazón en esta morada pasajera, porque lo que pasajero es, no puede aprovecharse mucho.»

XII.

Durante estos años de retraimiento, el desventurado Rustam se dedicaba á la educación del hijo del rey. Véase aquí en qué ocasión le fué confiado el joven Sciauwusche. Firdusi principia esta narracion de la siguiente manera: «Esta historia se ha hecho vieja, yo voy á rejuvenecer los tiempos antiguos; lo que el poeta ha rejuvenecido no puede ya envejecer.»

Anúnciase á Kaus el nacimiento de un hijo.

(1) En toda la Persia y hasta en la India y en la China, ha llegado á ser proverbial este hecho, y se dice, para espresar un socorro tardío: «Es el bálsamo después de la muerte de Sorhab.»

Los sacerdotes y los magos sacan el horóscopo del niño, y declaran que no hay nada feliz en la conjuncion de las estrellas que han presidido á su nacimiento, y que sus cualidades lo mismo que sus defectos contribuirán á su desgracia. Inquieto por estos pronósticos, confia Kaus su educación á Rustam, el cual lo lleva al Zabulistan. La mortal tristeza que Rustam tenía por la muerte de su hijo procura distraerla aficionándose á este niño, y hace de él un príncipe completo.

«Hízole conocer, dice Firdusi, lo que es justo é injusto; le enseñó los deberes del trono y de la corona, las artes de la palabra y de la guerra. Enseñóle todas las virtudes. Tomóse mucho trabajo, pero este produjo su fruto.»

Después de quince años pasados en el retiro, conduce Rustam á Sciauwusche á la corte de su padre. Este joven príncipe, heredero del trono, era la esperanza de la nacion. La admiracion que el pueblo tenía por Rustam recaía sobre su alumno; su viage fué un triunfo. Rustam le habia equipado de cuanto habia de mas brillante y precioso, y lo escoltaba con todos los grandes del Zabulistan. «Por todo su tránsito, los pueblos preparaban fiestas; mezclóse el oro con el ámbar y se derramó desde los tejados sobre las cabezas de los grandes; las gentes estaban llenas de alegría y adornadas de todo lo que habia de precioso; las puertas y paredes de las casas estaban tapizadas de brocado; arrojábanse piezas de plata á los pies de los caballos árabes, cuyas crines estaban perfumadas de musgo, de vino y de azafrañ. La tristeza estaba desterrada del mundo.»

Kaus envió al encuentro de su hijo á una alegre comitiva compuesta de todos los guerreros de la familia real. Al llegar al palacio de Kaus, «varios sirvientes con incensarios llenos de perfumes se adelantan hácia él. Trescientos siervos colocados en los cuatro ángulos del patio, reciben al noble Sciauwusche; vierten sobre él oro y joyas, y cantan todos sus alabanzas.» Al acercarse al trono de su padre, el joven príncipe se prosterna con la frente en tierra; el rey le levanta y le estrecha contra su seno; recibe graciosamente á Rustam, y le hace sentar sobre un trono incrustado de turquesas. El rey queda confundido de admiracion al aspecto de su hijo, de su alta estatura y de su buena presencia; é invoca sobre él las bendiciones de Dios. «Tenia este joven tanta inteligencia, que la inteligencia misma fué la alimentadora de su espíritu.» El rey ordenó una fiesta tal que nunca la dió semejante ninguno de los príncipes de la tierra. El regocijo duró siete dias.

XIII.

Sciauwusche permaneció siete años al lado de su padre, quien lo sometió á diversas prue-

bas y en todas le encontró puro. El año octavo hizo escribir sobre seda una investidura, y le dió á gobernar el país de la Transoxana.

Estos siete años habian perfeccionado la belleza de Sciauwusche. De adolescente se habia hecho un hombre, adornado aun de todas las gracias de la infancia, pero de alta estatura y de presencia noble.

Un dia que la reina Sudabea lo vió cerca de su padre, admirada de su belleza, «se tornó pensativa y le latió el corazón.» Desde entonces no pensó ya sino en los medios de verle mas de cerca. Persuadió al rey que era conveniente que enviase su hijo al harem para ver á sus hermanas pequeñas y que estas le conociesen. Kaus envió á buscar á su hijo y le propuso aquella resolucion. Sciauwusche se turbó á las palabras del rey, reflexionó, y creyó que su padre queria ponerle á prueba, y le respondió: «El rey me ha dado un mando, un trono y una corona; necesito rodearme de sacerdotes, de sabios, de grandes y de hombres experimentados en los negocios. ¿Qué puedo yo aprender en el departamento de las mugeres? ¿Son las mugeres las que enseñan el camino de la sabiduría?—Sin embargo, si es voluntad del rey, mi deber es obedecerle.»

Kaus quedó encantado de la sabia respuesta de su hijo, y le dijo que fuera sin temor á ver á sus hermanas al harem. Pero habia un hombre artificioso y bribon, llamado Hirbed, que tenía la confianza de Sudabea, la cual le dió el encargo de introducir al joven príncipe en el harem. Tranquilo Sciauwusche por las palabras del rey, iba sin desconfianza; pero cuando Hirbed levantó la cortina de la puerta, tembló por la desgracia que podia sucederle, porque instintivamente desconfiaba de Sudabea, en razon á descender esta de la raza de Ariman.

La habitacion estaba preparada como para una fiesta; la sala estaba perfumada de musgo y ámbar; el suelo se hallaba cubierto con un brocado de la China, sembrado de perlas hermosas; esclavos de rostro bello arrojaban á sus pies monedas de plata, y el aire estaba lleno de música y de canto.» En el fondo de la sala habia un trono, adornado de oro y de turquesas, sobre el cual estaba Sudabea, «bella de colores y perfumes;» los bucles de sus cabellos caian uno sobre otro bajo su real corona, y sus trenzas descendian hasta sus pies; á cada lado del trono habia dos hileras de esclavos, con zapatos de oro en las manos, y con la cabeza baja en señal de respeto. Sudabea se adelantó hácia el joven príncipe al ver alzar el tapiz, y lo estrechó largo tiempo contra su seno, besándole en el rostro y en los ojos, y sin poder saciarse de mirarle. Sciauwusche conoció que esta ternura no iba por la via de Dios; apresuróse á unirse con sus hermanas, y estuvo con ellas bastante tiempo; en seguida se volvió al palacio.

Fero Sudabea que buscaba una ocasión de

volverlo á ver, dijo al rey: «Si apruebas mis palabras casarás prontamente á tu hijo con una de las hijas de tu casa, para que tenga un hijo que se le parezca y llene de gozo tus ancianos dias. Haré reunir en mi departamento á todas las jóvenes de la raza real, é irá á escoger su muger entre ellas.» Kaus, que aprobaba siempre el parecer de Sudabea, consintió en ello. Hizo llamar á su hijo, y le participó sus intentos.

El joven príncipe le respondió: «Elegid vos, padre mio, aceptaré la muger que me deis; pero no quiero volver á la estancia de las mugeres.»

El rey se sonrió á esta respuesta sin echar de ver el oculto peligro: «Ve, dice, hijo mio. A tí te toca escoger tu muger, y Sudabea velará sobre tu alma.»

Sciauwusche obedeció, é Hirbed le condujo de nuevo cerca de Sudabea, que descendió gozosa de su trono, con los cabellos cubiertos de joyas. Hizo sentar en él á Sciauwusche, y se colocó mas abajo de él, con los brazos cruzados delante del pecho. Después hizo pasar por delante de Sciauwusche á doce jóvenes «llenas de gracias y de pudor.»

El príncipe apenas las miró, y ninguna de ellas se atrevió á levantar los ojos á él. Después de esta ceremonia, Sudabea las despidió y se quedó sola con Sciauwusche. Preguntóle sobre la impresion que le habian hecho; y al nombre de cada una, añadía un epíteto ó una observacion que debia impedir la eleccion de Sciauwusche. Como tardaba en responder, porque estaba en guardia contra sus astucias, quitóse ella el velo, se levantó, se puso delante de él, y comenzó su plan de seduccion.

«No me admiro que desprecies á la Luna cuando tienes el sol delante de tí. Luego que á mí se me ve, ya no se puede encontrar bella otra muger ninguna; pero si quieres hacer alianza conmigo, te daré en matrimonio una de mis hijas pequeñas. Ella será delante de tí como una esclava, hasta la edad en que pueda casarse contigo: de aquí á entonces me permanecerás fiel, tranquilizarás mi espíritu, me querrás como á tu propia alma, y en todo lo que me pidas, te satisfaré.» Abrazó á Sciauwusche, y aplicó sus labios estrechamente sobre sus megillas, porque habia olvidado todo pudor.

Las megillas de Sciauwusche se encendieron como la rosa, y sus pestañas se inundaron de lágrimas de vergüenza. Reflexionó, y se dijo: Si respondo con dureza á esta muger, me acusará delante de mi padre; mejor es disimular con suaves palabras; díjole que aceptaba el casarse con su hija, y, prestando ternura á sus palabras, le aconsejó que ocultase este secreto como él mismo lo haria, porque la miraba como madre suya. Dejóla con esto en la incertidumbre, pero loca de amor, decia para sí: «Si Sciauwusche no hace mi voluntad, consiento en que destruya mi alma, porque usaré de todos

os medios abiertamente y en secreto, y, si aparta de mí la cabeza, me quejaré de él al rey.»

XIV.

Alentada Sudabea por Kaus, que puso á disposición suya grandes tesoros para el dote de su hija, mandó á buscar á Sciawusche para entregárselos. Esta vez, sin miramiento ninguno, le habló vivamente de su amor, y le dijo: «Si tu corazón me rehúsa, te privaré de este imperio, y oscureceré delante de tí al sol y á la luna.» Sciawusche, indignado, no usó ya de subterfugios, y le respondió: «¿Cómo podré yo hacer traición de ese modo á mi padre y renunciar á la virtud? ¡Me propones tú semejante crimen!» Y se retiró lleno de indignación.

Sudabea entonces principió á dar gritos, pidió socorro, despedazó sus mejillas con las uñas y destrozó sus vestidos. El ruido se oía hasta en la calle. Kaus bajó del trono y se dirigió al harem. Sudabea acusó á su hijo de haberla ultrajado. Espantado el rey, le llamó y le dijo: «Yo soy quien ha espuesto tu juventud á esta tentación; pero si eres culpable, debo cortarte la cabeza.»

Sciawusche se justifica. Sudabea continua acusándole; su amor se ha convertido en odio. El caso es sometido al juicio de los magistrados, los cuales se declaran en favor del joven príncipe. Sudabea furiosa, inventa una astucia infernal: aparenta el parto de un niño cuya muerte hubiese sido causada por las violencias de Sciawusche. Los sacerdotes declaran que el niño no es de la raza real; pero puesto que nada puede calmar el espíritu del rey, es menester que los acusados pasen por la prueba del fuego. Sudabea lo rehúsa; Sciawusche se somete á ello, y dice: «El fuego no es nada á mis ojos comparado con esta acusación. Si hubiese una montaña de fuego la hollaría con mis plantas; mejor es perecer que sufrir la vergüenza que me abruma.»

El rey envió á buscar cien caravanas de dromedarios de pelo rojo y llenos de vigor; estos trajeron cien veces cien cargas de leña, de las cuales se formó una pila como el firmamento en dos montañas, no dejando entre ellas mas espacio que el suficiente apenas para atravesar un hombre. En seguida se untaron los lados de *nafta negro*, para avivar el fuego. Todo el pueblo estaba reunido en la llanura. «Las montañas de leña se veían á dos millas de distancia, pues tan incalculable era la porción que había; y cuando les prendieron fuego, el pueblo reunido no podía sufrir el calor, y lloraba por Sciawusche, que se adelantaba vestido de blanco como un sudario, montado en un negro corcel, pero tranquilo y con la sonriosa en los labios.» Acercóse á su padre y le

dijo: «No temais nada, así lo ha querido la rotación del cielo. Mi cabeza está ahora cubierta de ignominia; la libertad me espera si soy inocente; si soy culpable, Dios el criador me abandonará. Pero gracias á las fuerzas que me dará Dios, no desfallecerá el corazón delante de esas montañas de fuego.» Y, acercándose á la hoguera y levantando las manos al cielo, dijo: «Oh Dios que estás sobre todo, permíteme pasar al través de esas montañas de fuego, y librame de la vergüenza que me agobia;» y lanzó á su caballo negro, rápido como el humo.

«Alzóse un grito general de la llanura y de la ciudad, y todos se sobrecogieron de dolor. Los hombres fijaban sobre Kaus sus ojos llenos de indignación y su boca llena de imprecaciones. Sciawusche empujó al fuego á su caballo negro; hubiérase dicho que estaba enjaezado de llamas. El llano estaba cubierto de ojos llenos de sangre y ansiedad, porque nadie veía ya el casco de Sciawusche; pero salió del fuego, el noble joven, con los labios risueños y las mejillas como hojas de rosas. El caballo, el caballero y su blanco ropaje aparecieron intactos; hubiérase dicho que llevaba un lirio. De todo el pueblo se levantó un grito solo: «El joven rey ha salido del fuego!» Esto causó una alegría inmensa en la multitud.

Los persas rodean al rey y piden con grandes clamores la muerte de Sudabea: consiente el rey en ello, aunque era doloroso á su corazón; en este momento su cólera se había levantado contra ella. Pero el generoso Sciawusche, previendo que su padre sentiría algun día haberla sacrificado, intercedió por ella. Kaus no necesitaba mas que un pretexto para perdonar. Sudabea fué restablecida en el palacio, y el viejo rey se aficionó á ella mas ciegamente que nunca.

Un sabio dice: «No hay amor mas grande que el de la sangre: cuando has conseguido tener un hijo digno de tí, arranca de tu corazón el amor de las mugeres.»

XV.

Sciawusche notó bien pronto que los artificios de Sudabea habían emponzoñado el corazón de su padre contra él, y resolvió alejarse de la corte. Pidió á su padre un mando, y marchó contra Afrasiab, acompañado de Rustam y de doce mil guerreros de su edad, á la cabeza de un ejército formidable. «Hubiérase dicho que la tierra no tenía sitio sino para los cascos de los caballos.»

Sciawusche y Rustam, alcanzan una gran victoria sobre Afrasiab, que pide la paz, retira su ejército, y da cien rehenes de las familias mas ilustres del Turan. Sciawusche empuña su

palabra, firma el tratado, y Rustam va al rey Kaus para darle cuenta del resultado de aquella gloriosa campaña. Kaus, con la cabeza llena de venganza y de las pasiones mas locas, desaprueba lo hecho por su hijo, censura á Rustam el consejo que le ha dado, y ordena, en una carta llena de cólera, á Sciawusche, que rompa el tratado, que le envíe los rehenes ó que ceda el mando.

El corazón de Sciawusche privado de los consejos de Rustam se turbó. «¿Cómo faltar á mi palabra?—¿Cómo desobedecer al rey?—¿Cómo osaré yo pedir la protección de Dios, si entrego los inocentes rehenes á la venganza de mi padre?—Y si, violando mi palabra hago la guerra injustamente, Dios, señor del mundo, no lo aprobará.—Si dejo el mando y vuelvo á la corte del rey, Sudabea será para mí un manantial de desgracias. Por todos lados no veo mas que mi perdición. El destino que me sonreía ha sido destruido por ella: el corazón de Kaus era para mí como un árbol cargado de hojas y de frutos; pero desde que lo ha pervertido Sudabea, el fruto es veneno y la hoja causa la muerte. Oh! ¿por qué me daría al mundo mi madre, oh, por qué la muerte no me ha llevado?—Me iré á un rincón del mundo donde mi nombre esté oculto para Kaus; entonces suceda lo que Dios quiera; porque el orden del rey es superior al sol y la luna, pero no hay nada fuerte contra Dios. El que infringe sus órdenes es un insensato. No violaré el tratado que he jurado, aunque para mí resulte la pérdida del trono y del poder. Dios es mi asilo, la tierra es mi trono, el cielo es mi corona.»

Luego que el sol hubo desaparecido y que el cielo se oscureció, escogió Sciawusche cien ginetes, y partió con las mejillas inundadas de lágrimas.

XVI.

Nuevas guerras obligan á Rustam á volver á tomar las armas; mata al hijo de Afrasiab. El mismo Afrasiab huye de él hasta la China. «Había buscado la fortuna, y no había hallado sino la desgracia; había pedido al mundo miel, y recibió veneno.»

Rustam, triunfante por do quiera, se hace dueño del Turan, y lo gobierna siete años con equidad y sabiduría; pero el cielo, que gira, dice el poeta, según la astronomía del tiempo, mudó los pensamientos de Rustam; deseó volver á su país. «Los que han sufrido muchas penas en la vida, añade, para adquirir poder, no tienen por último otro lecho que el polvo. El mundo éste da un veneno contra el cual no hay remedio alguno. No pongas en tu cabeza una corona de codicia, porque contigo la lle-

varás debajo de la tierra; en tu cabeza la llevarás á la tumba. Tú trabajas, pero otro gozará del fruto de tu trabajo sin dirigir siquiera una mirada á tu ataúd. Piensa en que tus días se marchan; y haz que tu ocupación sea la oración al justo Dios. Por larga que sea tu morada sobre la tierra, partirás por un camino que no permite la vuelta; haz pues el bien, y no alijas á nadie: este es camino del cielo.»

XVII.

Rustam renuncia á la corona del Turan, y cansado de estar lejos de su país, vuelve al Zabulistan. Al saber Afrasiab su partida, sale de su retiro, se pone al frente de un ejército mandado por el kalkan de China, recobra sus estados é invade la Persia, sabiendo que el débil Kaus era incapaz de defenderse. Disgustado Rustam de las iniquidades del rey respecto á él, no se tomó el trabajo de vengarle.

Pero Sciawusche, que había sido asesinado por Afrasiab, había dejado un hijo llamado Kosrow, tronco de los Kosroes. Su madre, habiéndolo sustraído á la crueldad de Afrasiab, le había hecho educar por pastores en las montañas. Su vida, así como la de Sciawusche durante su destierro, estaría llena de aventuras interesantes dignas de contarse; pero esta historia es ya larga; basta decir que Rustam acompañado de su segundo hijo Firamors, restableció á Kosrow, por medio de actos de un valor sobrehumano, sobre el trono de Persia, que Kaus, su abuelo, viejo ya y cansado del poder, le cedió con alegría.

Las hazañas militares de Rustam están tan íntimamente ligadas con la historia de los schahs de Persia, que para contarlas serian necesarios los detalles de los motivos de guerra con el Turan, la China y la India, detalles que ensancharian demasiado el cuadro que me he propuesto. Elegí con preferencia los sucesos que resultan de causas individuales ó naturales, del amor, de la generosidad, de la adhesión ó de la venganza, que pintan mejor los caracteres completos y fuertemente templados de ese tiempo.

XVIII.

Pero había un joven campeón llamado Bigen, valiente y caballeresco, que era nieto de Rustam. Dirigiéndose á cazar á puntos lejanos que pasaban de las fronteras de Persia, se encontró un día separado de sus compañeros, y solo con un joven guerrero de mas edad que él,

astuto, envidioso del valor de Bigen, que procuraba perderle traídoramente, y no osando medirse con él con armas iguales, hallándose en un país hostil, creyó el momento favorable para empeñar á Bigen en alguna aventura temeraria que le hiciese caer en poder del enemigo. La ocasión le vino á pedir de boca. Después de haber atravesado un espeso bosque en donde habían perseguido á bestias feroces y á jabalíes que asolaban el país, desembocaron de repente en un valle delicioso, regado por un lindo riachuelo, lleno de pájaros de hermoso plumaje, y cubierto de árboles frutales, de naranjos, de granados, de higos y de abridores. En el centro estaba colocada una tienda de brocado de oro, de la cual salía un enjambre de jóvenes hermosas que juguetaban entre los rosales llenos de flor. Era de la hija del rey Afrasiab, viuda joven que iba á pasar algunos días á aquel terrestre paraíso, para hacer provision de esencia de rosa. Los dos jóvenes guerreros quedaron llenos de admiración á tan inesperado espectáculo. Bigen, sabiendo el respeto debido á la habitación de las mugeres en el Oriente, iba á retirarse antes de haber sido notado; pero su compañero se puso á burlarse de él porque no se atrevía á aprovecharse de su buena fortuna. Picado en lo vivo, olvidó toda prudencia y se presentó armado y á caballo delante de la tienda de la princesa *Menigea*. Su compañero se guardó muy bien de seguirle; pero ya Bigen no pensaba en él. Adelantóse temerariamente hasta que un guardia le estorbó el paso; la princesa, admirada de tanta audacia, quiso saber su nombre y sus cualidades, y envió á su nodriza para que le preguntase.

Cuando supo que era de raza real, la curiosidad triunfó de todo otro sentimiento; quiso verle. Su varonil belleza, su juventud y su temeridad le interesaron; pasó en su tienda algunos días y se casó con ella. En el momento de separarse, *Menigea*, que en vano había agotado todos sus medios de seducción para retener á Bigen cerca de sí, resolvió darle una bebida soporífica, y cubriéndole con vestidos de muger, le llevó consigo á su litera hasta su palacio, en donde pasaron algún tiempo en las delicias del amor y del misterio.

Pero volvió la razón á Bigen; comprendió que su locura podía costarle cara, y quiso marchar. Ya era tarde, algunos criados, cuyo silencio había comprado la princesa, quisieron hacerse pagar á mayor precio, y denunciaron la presencia de Bigen en el palacio.

El furor de Afrasiab superó á cuanto habían podido temer los culpables: Bigen, fuertemente atado, fué arrojado á un pozo ahondado en la roca; una piedra de un enorme peso cerró su embocadura, no dejando mas espacio que el necesario para que pasase una mano que debía dar un alimento raro al prisionero. Esta mano era la de la princesa *Menigea*, que despojada de todas las insignias de su rango, y vestida de mendi-

ga, debía ir á pedir de puerta en puerta su alimento y el de su marido, prohibiéndose á todos que diesen otra cosa que una galleta de cebada, á fin de hacerle arrastrar una vida miserable. Todo el día se hallaba agachada sobre el agujero del pozo, lamentándose de la suerte de su querido, y procurando divisarle al través de la oscuridad, tocar su mano y consolarle con sus lágrimas.

Pero *Guivo el Valiente*, padre de Bigen, no viéndole volver con sus compañeros de aquellas largas cacerías que ocupaban muchos meses del año á estos jóvenes guerreros y los avezaban á los combates, se inquietó y preguntó á todos los que habían seguido á Bigen; pero ninguno pudo darle noticias de su hijo.

Reunió á todos los magos, á los adivinos y á los astrólogos; hizo sacar horóscopos; le hablaron de desgracias sobrevenidas, pero sin poder decir precisamente cuales fuesen. En fin, se presentó un divo con un espejo mágico que, en ciertas condiciones, tenía el poder de evocar la imagen de la persona deseada, y *Guivo*, después de las ceremonias de iniciación, vió á Bigen en el fondo de su calabozo de piedra; pero allí se concluía el poder del mágico, y no pudo saber en qué país sufría su martirio (1).

Rustam y *Guivo* se pusieron en camino para buscarle. Siguiéron desde luego las huellas de las cacerías, y llegaron á los límites de la Persia. Entonces se disfrazaron de mercaderes, y formaron una caravana que iba de ciudad en ciudad, traficando y deteniéndose en los khans y en los bazares para adquirir noticias, pensando con acierto que el acontecimiento de una prision tan bárbara sería el asunto de las conversaciones en los parages públicos. Después de muchas peripecias, llegaron á la capital del Turan, en donde mendigaba diariamente la desventurada *Menigea*. *Rustam* se hizo contar su dolorosa historia por los mercaderes del bazar, y fingiendo dar á *Menigea* una débil limosna, le entregó una sortija, signo de reconocimiento para Bigen, y después siguió su camino, á fin de no escitar sospechas.

Venida la noche, *Rustam* y *Guivo* se pusieron silenciosamente en marcha á través de las calles desiertas en aquella hora, y llegaron al pozo. Pero aquí se agravaron las dificultades. ¿Cómo operar sin ruido y sin despertar la atención de los centinelas? ¿cómo levantar ese trozo de roca que cierra aquel sepulcro viviente? Todo lo intentan inútilmente, y no pudiendo sin palanca levantar aquella enorme piedra, sienten debilitarse su valor.

(1) Entrando lo maravilloso como agente en los acontecimientos de una historia que se coloca en los primeros siglos del mundo, no tiene nada que deba sorprender, porque, si al momento hemos hallado una analogía con las santas tradiciones de la Biblia, ¿no podemos comparar esta última aventura con la nigromancia de la era moderna? El espejo mágico, ¿no recuerda la varita de Mesmer, que tenía adeptos en tiempo de la civilización mas adelantada?

Si son reconocidos caen en manos del enemigo, y la muerte, precedida de los mas atroces tormentos, les espera.

Rustam se recoge, implora con toda la energía de su alma el auxilio de Dios, é intenta un último esfuerzo. La roca cede á la fuerza sobrenatural que Dios ha prestado á *Rustam*; Bigen es libre y conducido con la princesa al khan, en donde los libertadores han dejado sus mercancías.

No hay un momento que perder, el alba descubrirá la huida del prisionero; pero Dios los protege; ganan la frontera, y allí descansan un momento y dan gracias al Todopoderoso.

Pero la alarma está dada; Afrasiab reúne aceleradamente sus tropas. Una guerra desastrosa entre ambos países es la consecuencia de esta aventura. *Rustam*, *Guivo* y Bigen atacan el palacio de Afrasiab, el cual echa á huir por una salida secreta y vuelve con un poderoso ejército. *Rustam* triunfa todavía, hace volver á entrar á Afrasiab en el deber, y vuelve al Zabulistan.

No habiendo triunfado Afrasiab en su venganza por la fuerza, emplea la astucia. Una trama odiosa y bien urdida envuelve al mismo *Rustam*. Este no podía ser vencido corporalmente, solo la traición podía triunfar de él. Leal tanto como invencible, no sospechaba la maldad en aquellos que se confiaban á él, y fué víctima de su generosa confianza.

Su padre *Zal-zer* había tenido de una esclava un hijo mayor llamado *Schughad*. Después de algún tiempo, las malas inclinaciones de este hijo, y su odio contra *Rustam*, habían obligado á *Zal-zer* á alejarle. Habíalo recomendado al rey tributario del Kabul, el cual lo educó como hijo adoptivo suyo, y le dió en matrimonio á su hija. Pero por feliz que fuese la suerte de *Schughad* en la corte del Kabul, alimentaba siempre en su alma el deseo de vengarse de la preferencia dada por su padre á *Rustam*. El rey del Kabul, deseando libertarse del tributo anual debido á *Zal-zer*, se asoció á los siniestros proyectos de *Schughad*.

Después de haber ellos madurado su plan, *Schughad* aparentó huir del Kabul, como víctima de algunos malos tratamientos, de parte del rey. Presentóse á *Zal-zer*, imploró su protección é invocó el título de hijo. Aparentó igualmente una admiración sin límites por *Rustam*, cuyo franco y generoso corazón se conmovió á la relación de sus pretendidas desgracias, y le trató como hermano de armas. Partieron juntos para hacer la guerra al rey del Kabul, y *Rustam* juró colocar á *Schughad* sobre el trono de su perseguidor.

Pero *Schughad*, insensible á la generosidad de *Rustam*, había hecho practicar fosos profundos, y guarnecer los lados interiores de lanzas y de espadas con las puntas hácia adelante. Estos fosos, ocultos por faginas cubiertas de una ligera capa de césped, interceptan el único paso á la frontera del país enemigo, y

en el momento en que el rey del Kabul se presenta á la cabeza de su ejército, *Rustam*, impedido por *Schughad*, se precipita con los principales gefes al ataque, y caen en los fosos. Sus caballos, con las piernas rotas, bregan debajo de ellos; los guerreros, caídos unos sobre otros, son traspasados por las lanzas. El caballo de *Rustam* salta sobre el margen del foso primero, y vuelve á caer en el segundo; siete veces cae y se levanta con su ginete, y muere en fin herido mortalmente, se levanta sin embargo, y comprendiendo de donde ha venido esta cobarde traición, tiende su arco, y atraviesa de parte á parte al miserable *Schughad*. En seguida, encomendando su alma á Dios, espira.

Así vivió y murió el héroe de la Persia; pero estamos lejos de haber agotado la vida maravillosa de *Rustam*. En donde quiera que ella se despliega es la exuberancia de la naturaleza; superabunda de heroísmo. ¿Cómo concentrar en nuestra corta lengua la estension de esta epopeya gigantesca, de esta *Iliada* de la India? *Rustam* es un héroe desde la infancia hasta la muerte; combate en la cuna y en el borde de la tumba, y su raza es como él. Es el Hércules del Oriente; tiene su fuerza colosal, el arma terrible, la maza. Hunde á los tiranos y aplasta á los monstruos; y en medio de sus trabajos tiene de esos reposos del alma en el amor que revela el corazón, y que son como la ternura de la fuerza. Es grande tanto por el desinterés como por el valor, y por esto domina á los que salva. Es uno de esos hombres á la vez heróicos y virtuosos que prestan su genio y su valor á los imperios caídos en descomposición ó en anarquía, y que, consagrados hasta la muerte á su soberano ó á su patria, recogen con una mano vigorosa los restos esparcidos de una monarquía ó de una república, y reconstituyen la nacionalidad; por un reconocimiento natural, la nacionalidad se confunde en seguida con sus nombres. No son reyes, porque su virtud los escuda contra la usurpación del poder supremo; pero son mas que reyes, porque los reyes no reinan sino sobre su tiempo, y estos héroes reinan sobre el porvenir. *Rustam* y la Persia son hoy un nombre mismo.

La historia, confundiendo en él con la poesía, ha dejado sus hazañas en esa vaguedad indecisa entre la realidad y la fábula, que es la atmósfera de los hombres y de las cosas mas grandes que la naturaleza. Pero los monumentos arruinados de Persépolis han escrito sobre el suelo testimonios irrecusables de su existencia y de los servicios que hizo á su país. Aun se ve en nuestros días, entre los restos gigantescos de la antigua Persépolis un monumento colosal y misterioso, palacio, tumba ó templo, no se sabe cual, que lleva el nombre de *Casa de Rustam*. Trozos de piedra de cuarenta codos de largo y diez codos de espesor, sirven, como en Balbeck, de base al hundido edificio: columnas de un diámetro y de una altura prodigiosa, derribadas por los terrémotos

tos ó por los conquistadores, ocupan con sus trozos los subasamentos de la construcción y los pies de la montaña á que estaba arrimado este palacio, esta tumba ó este templo. La inmensidad del edificio y de los materiales de que está construido, ofrecen á los viajeros la medida de la memoria de Rustam en Persia. Esta memoria, grabada á pico en las paredes de esta montaña allanada á cincel para servir de página al epitafio del héroe, está todavía visible en los bajo-relieves que presentan las hazañas de este guerrero. Estas inscripciones caentan sin duda su historia; pero estas inscripciones, en lengua desconocida, no las ha podido leer nadie. Como esqueletos que han perdido su alma, han conservado sus caracteres y perdido su significación.—La vida de Rustam ha podido borrarse de las piedras, pero ha quedado en los cantos de los poetas y en los pasamientos del pueblo. Los pastores y los camelleros del desierto de Persépolis plantan las estacas de sus tiendas en el polvo de estos monumentos. Comparan la masa, el órden y la belleza de estos edificios á la pequeñez, á la miseria y á la instabilidad de sus moradas actuales; y, no pudiendo darse cuenta del poder de una civilización que removía tales piedras y que cortaba tales montañas para honrar la memoria de un hombre, y atribuyen estas construcciones ó razas intermedias entre el hombre y Dios.

¿Quién sabe si esta opinion de la existencia de los gigantes, esparcida por toda la tierra (1), es tan fabulosa como parece serlo en nuestro tiempo? Acaso sean recuerdos exagerados; y todo lo que es mayor que el hombre degenerado le llama el hombre un dios. Para nosotros, para nuestras imaginaciones escépticas por las maravillas, si Rustam no es un dios, al menos queda un grande hombre. No tiene la fuerza solamente, tiene la grandeza moral, el desinterés, la dulzura en la lucha, y como un rayo de Dios, tiene tambien ese sello sagrado que imprime en las frentes que toca, el fuego de la prueba. El que ha gustado todos los placeres embriagadores del triunfo, el que ha respirado los perfumes de las rosas, conoce tambien la hiel de la amargura y el abismo de la desesperación. La guerra, que ha formado su gloria, ha hecho tambien su castigo. En un duelo terrible mata á su hijo desconocido. Su vida grande y triste embriaga la imaginación, entenece el corazón y hace desvariar al pensamiento. Esto es bastante para justificar á nuestros lectores su lugar en esta recopilación y merecer su simpatía.

(Version de A. MARTINEZ DEL ROMERO.)

(1) Génesis, cap. VI, vers. 4.º «Y habia gigantes sobre la tierra en aquellos dias.» Es cierto que los intérpretes del texto sagrado no están acordes sobre la significación de la palabra gigante.

JACQUARD.

TEJEDOR DE SEDAS DE LYON.

Año de Jesucristo 1732.

I.

La primera condicion de la historia es la verdad; la segunda es la medida en la apreciación de estimación y de gloria que discierne á sus héroes. No queremos hacer un poema ó una novela de esa vida humilde pasada delante de un telar y de los útiles de carpintería, empleados sesenta años en perfeccionar el paso de algunas lanzaderas por entre la trama, y el juego de algunas poleas entre cuatro pilares: no queremos dar el título de hombre grande á un pobre trabajador de sedas, hombre sencillo, bueno y útil, que no tiene mas horizonte que el de su profesion, ni mas luces que las de su lámpara; pero pensador, ingenioso, obstinado en el descubrimiento, tenaz en la invención y dotado de un instinto tan exclusivamente mecánico, que los hombres superiores que le oían hablar sobre otros asuntos que su oficio, se retiraban diciendo de él: «No es nada, es una máquina que ha inventado otra.»

Nosotros mismos no tenemos de él otra idea; no le compararemos ni con Triptolemo que inventó el arado para el alimento de los hombres, ni con aquel Platon que inventó las ideas trasformadoras de los filósofos; ni con Homero, que halla mundos fantásticos, poemas, sentimientos é imágenes para amasar con lágrimas de piedad y con nobles pasiones el corazón humano; ni con Arquimedes que inventa fuerzas físicas capaces de levantar las montañas con la mano de un insecto; ni con

aquel Fidias que inventa lo bello en las formas de los templos para contener lo bello supremo en la idea, los dioses; ni con Cristóbal Colon que descubre un mundo; ni aun con Montgolfier que inventa la navegación aérea, cuyas alas desplegarán algun dia los hijos de nuestros hijos para recoger nuevas civilizaciones.

No: sería profanar la gloria y el reconocimiento del género humano aplicar la misma palabra á invenciones tan diferentes. Al hombre grande, la inmortalidad; al hombre simplemente útil á sus semejantes, la estimación de su profesion, de su pueblo, de su época, una línea en la historia de su arte; he aqui todo lo que se le debe y todo lo que se le paga. Nosotros estamparemos aqui el nombre de ese artesano de Lyon llamado Jacquard, para mostrar en él á los artesanos de todos los oficios mecánicos, tan numerosos é interesantes en nuestros dias, el escollo al mismo tiempo que el modelo del trabajador.

II.

Desde luego diremos lo que nos sorprende en la vida de ese hombre. Escaso de la fatiga y de la miseria, y la postración física y moral del trabajador industrial, fueron los que obligaron á Jacquard á buscar un alivio para aquel suplicio de sus hermanos, y á meditar por espacio de sesenta años su invención. Esto mismo es la primera lección que se deduce de la vida que vamos á describir; lección muy á propósito para hacer reflexionar al hombre de los campos, que vive del oficio natural, eterno y universal, el cultivo de la tierra; antes de